



ESTOY AQUÍ

El compromiso de educar: ese es el secreto de todo lo que hacemos. No sabemos si los que se acercan a nosotros quieren ser educados. Ni siquiera estamos seguros de que todos los padres que nos traen a sus hijos lo hagan atraídos por los valores de nuestro ideario, nuestro compendio de actitudes o nuestro ejemplo de conducta. Muchos sí, pero ¿todos?

Pero da igual. No es su compromiso, es el nuestro. Somos nosotros los que tenemos una idea de cómo nos gustaría que fuéramos las personas para que el mundo llegase a ser como pensamos que debería ser. Es nuestra tarea, nuestro empeño, nuestro placer y nuestro privilegio llevar de la mano a esos niños que empiezan a descubrir el mundo con esa mirada increíble, siempre original, siempre capaz de descubrir en cualquier imagen algo que a nadie jamás antes se le había pasado por la cabeza; guiarles cuando, en la adolescencia, empiezan a vivir la existencia como una permanente aventura, como un ámbito lleno de dudas en el que unas veces se querría seguir siendo niño y otras crecer más deprisa, sin saber que esa es la etapa más bonita de nuestra vida; caminar a su lado cuando, ya jóvenes, encuentran en todo un reto, un desafío, algo a lo que se ven impelidos a plantar cara como llevados por una ley natural; a observarles con orgullo cuando, ya adultos, salen a la vida provistos del instrumental que les hemos proporcionado y algunos de ellos, incluso, descubren en sí mismos una vocación educadora que les lleva a seguir con nosotros, reforzando la cadena.

Cuando eso ocurre, no hay oscuridad, por profunda que sea, que no pueda ser vencida por un rayo de luz. Cuando eso ocurre, todo lo que hay a nuestro alrededor se convierte en un motivo para darse, para pelear, para si es preciso apretar los dientes y estrechar filas con el compañero para empujar en la dirección deseada. Sabemos que nunca podremos dar la labor por concluida, entre otras cosas porque mal puede pensar que ya lo ha enseñado todo quien sabe que siempre tendrá mucho que aprender. Pero sin la menor duda, de vez en cuando hay una chispa que nos hace saber que aunque nunca llegaremos estamos en el buen camino.

Una noche, en un campamento, hace ya algunos años, la persona que imaginó esta canción consiguió que todos la cantásemos con la misma emoción con que fue escrita.